

EL NUEVO NACIMIENTO

Es éste un tema fundamental por el que debe comenzar toda reflexión sobre el Cristianismo, así como la reflexión de cada cristiano sobre su propia fe. Toca al núcleo del Evangelio.

Del Nuevo Nacimiento decía S. Gregorio de Nisa:

“Ha comenzado el reino de la vida y se ha disuelto el imperio de la muerte. Ha aparecido otro nacimiento, otra vida, otro modo de vivir, la transformación de nuestra misma naturaleza. ¿De qué nacimiento se habla?. Del de aquellos que no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios.

¿Preguntas que cómo es posible?. Lo explicaré en pocas palabras. Este nuevo ser lo engendra la fe; la regeneración del bautismo lo da a luz; la Iglesia, cual nodriza, lo amamanta con su doctrina e instrucciones y con su pan celestial lo alimenta; llega a la edad madura con la santidad de vida; su matrimonio es la unión con la Sabiduría; sus hijos, la esperanza; su casa, el Reino; su herencia y sus riquezas, las delicias del Paraíso, su desenlace no es la muerte, sino la vida eterna y feliz en la mansión de los santos.

Este es el día en que actuó el Señor, el día en que comenzó una nueva creación”. (En el Breviario, II, p. 702).

Uno de los textos del N.T. donde mejor se expresa en qué consiste el Nuevo Nacimiento es el c. 3 del Evangelio de S. Juan. Veámoslo paso a paso.

ENTREVISTA DE JESÚS CON NICODEMO (Jn.3, 1-22)

(Comentario)

1. LA BÚSQUEDA DEL HOMBRE

“Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, magistrado judío. Fue donde Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como Maestro, porque nadie puede realizar las señales que tú realizas si Dios no está contigo” (v.1-2).

Los grandes discursos del Evangelio de San Juan tienen la misma estructura. Siempre aparece el hombre buscando.

Ahora es Nicodemo, que vienen de noche. “De noche” aquí, sin duda, significa que viene de la noche de las tinieblas, es decir, de la falta de luz, hacia Jesús, que es la Luz. Por eso, al final del discurso, Jesús se proclamará a si mismo como luz del mundo. El hombre busca: “Rabino, sabemos que vienes de parte de Dios ...” Pero Jesús simplemente dice:

“En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto, no puede ver el Reino de Dios”. (v.3).

Da la impresión de que Jesús no responde a la proposición de Nicodemo, sino que se va por la tangente. Jesús formula solemnemente lo que va a ser el tema de todo el discurso: “El nuevo nacimiento”, que se produce sólo desde arriba.

Entonces, el hombre interpreta, y lo interpreta a su medida. Al escuchar que Jesús le ha hablado de un nuevo nacimiento, Nicodemo queda extrañado.

“Cómo puede uno nacer siendo ya viejo?, ¿puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?” (v.4).

2. LA EXPERIENCIA EN EL ESPÍRITU

Así son las cosas de Dios. Ya lo dice San Pablo en la primera carta a los Corintios: no lo entiende el hombre natural, y no lo puede entender (2.14).

Fíjense que se trata de Nicodemo, de un hombre versado en las sagradas escrituras, de un fariseo del que habla siempre con respeto el Evangelio; un hombre honesto, un hombre cumplidor. Si quieren traducirlo al momento actual: un buen cristiano, un buen sacerdote, una buena religiosa. Y Jesús responde:

“En verdad te digo: el que no nazca del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de los Cielos”. (v.5).

“Es verdad” es una expresión muy usada en los Evangelios. Con ella se quiere decir que no se trata de argumentar. En el nuevo nacimiento no se trata de argumentos, sino de experiencia; esa experiencia original y fontal que solamente tienen los cristianos, si lo son de verdad. Algo que no se

puede deducir, algo que no puede conquistar el hombre por si mismo, algo que se recibe por pura gracia.

Por eso, toda búsqueda es inútil, porque es por gracia. ¿Por qué tiene que ser por gracia?. Jesús lo explica:

“Lo nacido de la carne es carne, lo nacido del espíritu es espíritu”.
(v.6).

Cuando en el Nuevo Testamento se habla de la experiencia cristiana, siempre se habla en términos que quieren significar algo radicalmente nuevo; San Pablo habla de “nueva criatura” (Ga. 6, 11-16); San Juan, de “nuevo nacimiento”; San Pedro, de “regeneración” (1 Pe 1,3). Y es así: la vida de Dios no tiene proporción con lo natural humano. La carne es carne, la criatura es criatura, y el Espíritu de Dios es Espíritu de Dios. Por eso, la experiencia acerca de Dios sólo puede ser desde arriba, desde Dios.

“No te asombres de que te haya dicho tenéis que nacer de lo alto”.
(v.7).

Y ahora explica de qué nacimiento se trata:

“El viento sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo lo que nace del Espíritu”. (v.8).

3. **EL NACIMIENTO DE LA FE**

¿De qué nacimiento se trata?. Se trata del nacimiento a la fe.

A veces uno tiene la impresión de que muchos bautizados no han tenido el nuevo nacimiento a la fe, sino que únicamente han sido bautizados. Se les han enseñado cosas que tienen que hacer, y cuando quieren ser fieles, entonces practican esas cosas creyendo que así merecen la salvación. Lo que quiere decir, exactamente que están en el Antiguo Testamento, que creen salvarse por las obras y no por la fe. Sin embargo, S. Pablo proclamará a derecha e izquierda: “No nos justificamos con nuestra propia justicia. Nos justificamos con la justicia de Dios dada en Jesucristo”. (Ef. 1, las cartas a los Romanos y Gálatas, especialmente).

a) **El moralismo**

A nosotros a veces nos ocurre exactamente lo que Pablo dice acerca de los judíos en el capítulo 10 de la carta a los Romanos.

“Hermanos, el deseo de mi corazón y mi petición a Dios a favor de ellos es que se salven. Testifico en su favor que tienen celo de Dios, pero no conforme a un pleno conocimiento. Pues, desconociendo la justicia de Dios y empeñándose en establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios. Porque el fin de la ley es Cristo, para justificación de todo creyente”.

Normalmente estamos educados en un moralismo, que es manifestación clara del pecado original, es decir; pretendemos nuestra propia justicia con nuestras obras, como Nicodemo, el hombre que busca la justicia por sus obras, el fariseo.

Fariseísmo no quiere decir únicamente el hecho de ser hipócrita, hombre doble. Fariseo es todo aquel que se apoya en su propia justicia, en sus obras. San Pablo dice que tienen celo de Dios, y así ocurre. Cada vez veo más claro que es así; que no existe mala voluntad, que hay celo de Dios, que se procura hacer el bien, ser fervorosos, hacer propósitos, buscar la perfección. Pero este celo no es conforme a un pleno conocimiento, el conocimiento revelado por Dios en la plenitud de los tiempos en Jesucristo. Y nos quedamos a medio camino, porque no queremos someternos a la justicia de Dios, que es salvación.

b) La justicia de la Misericordia

¿Y cuál es la justicia de Dios?. La justicia de Dios (¡Sorprendente!), es que ya no le importa nuestra propia justicia, sino su justicia, con la cual nos ha justificado en su Hijo Jesucristo.

Cuando llegó Jesucristo a este mundo, Juan Bautista predicaba la conversión. “ El Reino de Dios está cerca”(Mt. 3). Juan Bautista propone a los hombres que se conviertan, que se arrepientan de sus pecados, a fin de estar preparados para cuando venga el Reino de Dios. Así estaba dicho en los profetas: Cuando Dios viniese a este mundo, restablecería toda justicia. Por eso, Juan Bautista dice que “el hacha está ya puesta a la raíz” (Mt. 3.10). El que no se convierta, no recibirá el Reino de Dios. Por eso, es urgente convertirse, hacer buenas obras, a fin de estar preparados.

Así es como los fariseos se preparaban. Ellos trataban de cumplir la ley, estaban preparados con buenas obras. Eran los justos, es decir, el grupo de los preparados. Cuando Dios viniese, formaría un pueblo nuevo, un pueblo de justos (Dn. 7,27). Los pecadores, los no preparados para el Reino

de Dios, serían rechazados. Ellos, los justos, serían el nuevo Pueblo de Dios, el pueblo Mesianico.

Pero la llegada Real del Reino ha sido desconcertante. Y eso se ve claramente al comienzo del Evangelio de San Marcos (capítulos 2 y 3). Lo que desconcierta a los fariseos es que el Reino de Dios, que se ha revelado en Jesucristo, no se da precisamente a los justos (de su justicia), sino a los pecadores, a los publicanos. Por eso, se extrañan de que Jesús coma con los publicanos (el comer con los publicanos es signo del banquete mesiánico).

En otras palabras, eso quería decir que el Reino de Dios no se da a los justos; que a Dios no le importa nuestra preparación de obras; que Dios precisamente ha querido revelarse como pura misericordia, como pura gracia, de manera que ningún hombre pueda gloriarse de ser justo ante ÉL.

San Pablo, al explicar el misterio de la salvación, concluye diciendo:

“Todos hemos sido encerrados en rebeldía, para que Dios pudiese tener misericordia con todos, para que nadie pudiese gloriarse” (cf. Ga 3, 22; Rm. 3. 9-20; 11.32).

Dios ha querido seguir otra lógica.

Nosotros tenemos nuestra lógica de santidad, nuestro método de vida espiritual, como conquista de obras, como progreso en virtudes, como propósitos a cumplir, como un proceso de fidelidad y de generosidad.

Y ahora, de repente, Dios nos dice: Todo eso no importa nada, porque todo eso es pecado, todo eso es que tú te buscas a ti mismo, que tú te quieres justificar con tu propia justicia. Y yo te doy mi justicia. Y mi justicia consiste:

“Dios no tuvo en cuenta nuestros pecados, sino que a su propio Hijo lo hizo pecado” (2 Co. 5. 16-21).

Ya no hay otra justicia de salvación más que la justicia que se recibe de Dios. Por lo tanto, creer es precisamente aceptar que no vale de nada nuestra justicia ni nuestras obras; que no vale ninguna otra cosa, más que la gracia de Dios que nos salva; su misericordia en Cristo Jesús, en quien tenemos justificación, redención y santificación ((1 Co. 1.30).

c) **Las doctrinas protestantes, pelagiana y católica**

Esto que digo puede sonar a protestante. Pero no lo es.

La doctrina protestante no ha sido condenada por la fe, por ser doctrina de la justificación por la fe. Eso está en San Pablo y en toda la tradición católica. La primera y última de las gracias es por pura gratuidad de Dios (Concilios de Orange, Cartago, Trento, Vaticano I y Vaticano II).

Si los protestantes han sido condenados, ha sido precisamente porque se apoyaban en la propia confianza, que ponían ciertamente en Jesucristo, pero que era su confianza. Y aquí no se trata de eso. No nos vale ni nuestra confianza subjetiva en Jesucristo, en cuanto acto que nosotros hacemos, ni siquiera eso.

Ni las obras (la doctrina Pelagiana condenada), ni la fe fiducial (Protestante), sino la fe objetiva católica, la fe dogmática, que significa: Que hemos sido salvados por pura gracia en Jesucristo, que murió por nuestros pecados. Esta fe consiste en recibir por gracia lo que por gracia se nos ha dado. Y a partir de ahí, la fidelidad a la gracia, que, en última instancia, también es gracia.

d) **Doctrina paulina**

No se puede entender nada de San Pablo, si no se entiende esto. Y tampoco se puede entender el núcleo del Nuevo Testamento.

El problema de los fariseos está ahí: No quisieron aceptar la salvación por gracia. Recordemos la parábola del fariseo y el publicano. Muchas veces hemos interpretado esta parábola, diciendo que el fariseo no es aceptado por Dios por ser orgulloso. Pero no nos damos cuenta dónde estaba su orgullo. No tanto en su actitud, cara a cara con Dios, sino precisamente, en que se apoyaba en lo que él había hecho, para creerse justo delante de Dios. El publicano, el que no tenía dónde apoyarse, pero creía en la misericordia de Dios, salió justificado. (Lc. 18.9-14).

“Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando nosotros muertos a causa de nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cristo –por gracia habéis sido salvados– y con El, nos resucitó, y nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros, la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto, no viene de vosotros, sino que es don de Dios;

tampoco viene de las obras, para que nadie se gloríe. En efecto, hechura suya somos; creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicáramos” (Ef. 2,4-10).

e) **Explicación teológica**

“Para que nadie se gloríe”. Dios quiso otra lógica. El Espíritu sopla donde quiere. Dios tiene caminos imprevisibles de salvación. El podía habernos salvado contando con nuestra justicia. Y sin embargo, ha querido hacer una salvación, donde se manifieste claramente que es por gracia. Pues si es por gracia, no podía ser por obras. Por eso ninguno puede gloriarse.

Para comprender esto, es necesario entender también que nacemos en pecado. El pecado original consiste precisamente en que el hombre, en vez de apoyarse en Dios, se apoya en sí mismo, aunque este apoyarse en sí mismo tenga forma de virtud. Esta huella, esta tendencia persiste en el hombre, sobre todo en el hombre muy religioso. San Pablo añade que lo que Dios ha hecho en nosotros es en orden a las buenas obras. Por eso fe y obras no se oponen. Pero son obras nuevas; las que de antemano dispuso Dios que practicáramos, y son las que proceden de la gracia. Por eso no vale hacer obras, si no son obras nuevas, precisamente las que nacen de que ya no nos apoyamos en nuestra propia justicia, sino en la justicia de Dios, en la gracia y en el agradecimiento por la salvación recibida en Cristo.

Esto no es nada nuevo. Pero lo subrayo mucho, porque creo que muchas veces no se explica bien. Este el Evangelio de Jesús, la Buena Nueva.

En realidad entender esto, desde dentro, es estrictamente el nuevo nacimiento. San Pablo nos dice: Creados en Cristo Jesús. Obra directa del Espíritu Santo en nosotros. Y es la gran novedad cristiana.

El modelo precisamente de este nuevo nacimiento es, nada menos, que la Resurrección de entre los muertos de Jesucristo. Lo cual es pura gracia de Dios, del poder de su Espíritu, para él y para la humanidad en él y por él resucitada.

4. **LA EXPERIENCIA DEL NUEVO NACIMIENTO**

Nosotros, normalmente, vivimos nuestra vida espiritual con el método del Antiguo Testamento. Tenemos que pedir el Espíritu Santo para entrar en esta lógica del Nuevo Testamento, que es vivir a nivel de fe, es decir, a

nivel de la salvación que recibimos en Jesucristo y por Jesucristo, y en la fidelidad y la acción de gracias, de alabanza y agradecimiento a Dios.

a) **Práctica moralista**

Nosotros, casi siempre, hacemos así: Damos por supuesta la fe, y sobre ella nosotros construimos nuestro edificio espiritual, nosotros mismos.

Entonces, ¿en qué quedamos?, ¿nos salva Jesucristo, o nos salvamos nosotros? Si nos salva Jesucristo, entonces es Él el que hace. Y aquí está el quicio del problema; ¿Creemos o no creemos que es Dios el que obra? Solemos decir que lo hacemos nosotros “con la gracia de Dios”, es decir, que con Dios repartimos las zonas de influencia. Sin embargo, es la gracia de Dios la que hace en nosotros, en nuestro pecado. Prácticamente somos, vistas así las cosas, semipelagianos: “lo hago yo, pero Dios me ayuda en lo que falta”.

b) **Conversión moral y conversión teologal**

Pongamos un ejemplo. Nosotros, normalmente, cuando nos planteamos la vida espiritual, nos la planteamos como un cuadro. Y el cuadro suele ser: piedad, espíritu de sacrificio, caridad, convivencia, descanso...De cuando en cuando tratamos de poner el cuadro en orden. ¿Nos falta algo? Bueno, pues ahí vamos a hacer un propósito. Si todo lo tenemos bien, decimos que es cuestión de más generosidad, y continuamos adelante.

En realidad, el cristianismo comienza cuando el cuadro se rompe, ese cuadro: el nuestro, el religioso. Cuando de eso no queda nada, para que quede sólo la salvación de Jesucristo. Se trata de dar ese paso cualitativo del yo, de uno mismo al nuevo principio de vida y acción que es Dios.

El problema del cristiano no es un problema de ver cómo somos más generosos, sino cómo alabar más a Dios, cómo vivir en esa alegría que procede de saber que la salvación ha sido por gracia, y cómo intentar progresar en el bien y la santidad por agradecimiento a tanto bien recibido. Entonces es cuando se da el giro de lo farisaico a lo cristiano, de lo religioso a lo evangélico, del Antiguo Testamento al Nuevo Testamento. El cristiano no trata de ser bueno para que Dios sea bueno con él, sino por agradecimiento a lo bueno que Dios ha sido. Vivir en la alegría y la fidelidad agradecida, eso es el cristianismo. Lo demás no pasa de ser religiosidad. Y de la religiosidad al cristianismo hay un salto cualitativo. Es

precisamente el salto del esfuerzo humano en solitario a la gracia y la acción de la gracia en el que ha sido agraciado. Que nuestra alegría sea, no cuánto vamos progresando en virtudes, sino la experiencia y vivencia de que Dios es grande, bueno, único salvador que crea en nosotros esa nueva vida. Y proclamarle y testimoniarle así. Sólo desde aquí se puede evangelizar.

Es otra lógica. Supone estrictamente un nuevo nacimiento, una nueva orientación de la vida y de todo en la vida. Puede parecer duro. Y algunas personas pensarán: Cincuenta años esforzándome por esto y por aquello en mi vida de relación con Dios ¿no me sirven de nada? Pues, puede ser que no les sirvan de nada. Y esa es la alegría, que no les sirven de nada. ¡Si lo más hermoso de nuestra vida cristiana es quedarse con las manos vacías siempre ante Dios, y especialmente en el momento de la muerte, y saber que EL es fiel, que EL nos ama, que Él tiene más interés que nosotros mismos en nuestro bien y salvación. Entonces, sólo entonces, supuesta esta actitud, Dios nos dará todo y dará sentido a nuestras obras, que serán obras nuevas. Yo diría que, a nosotros nos hace criaturas nuevas por el don de su gracia, hará que las obras viejas (aquellas de nuestro esfuerzo) se conviertan en obras nuevas por la misma gracia. Esto es la conversión y la liberación cristianas. Alguien ha dicho muy bien: “El cristianismo no consiste en cambiar, sino en saber y experimentar que Dios nos ama y nos cambia”. Esta experiencia es lo único que nos puede cambiar y liberar de verdad de toda angustia, sobre todo de la más profunda, la angustia religiosa. La obra, el cambio viene de Dios, de la experiencia que el creyente tenga de EL como Amor y Salvador. En esta experiencia se da el cambio y en el cambio se da esta experiencia. Para quien esto vive, todo sigue igual, pero todo es distinto. Aquí acontece la conversión, el Nuevo Nacimiento.

Esto supone una renuncia total. Nosotros somos capaces de renunciar a cosas. Pero aquí, lo que Jesucristo ha pedido, es que el hombre renuncie al yo. Es realmente la muerte. Por eso, es nuevo nacimiento, es el salto de la fe, la vida nueva en Jesucristo. Es la resurrección.

Vida nueva en Jesucristo no es decir: “Yo vivo normalmente, y pienso en Jesucristo, amo a Jesucristo...” Vida nueva en Jesucristo es: Que Jesucristo es el que hace, el que nos da la vida. Lo cual quiere decir que EL es el que determina totalmente nuestra existencia. Y no se trata de experiencias místicas. Esto es la fe, la fe cristiana. Y comenzar a vivir desde ahí es vivir la novedad cristiana.

Cuando se vive desde ahí, entonces vuelve a recobrase el cuadro. Pero entonces el cuadro es muy diferente. Y por eso la experiencia del nuevo nacimiento casi siempre se expresa así: Uno sigue igual, pero todo es diferente. Ha cambiado el punto de vista, la perspectiva, el centro de la existencia.

e) **Experiencia teologal del pecado y del límite**

El nuevo nacimiento no es precisamente que uno se hace mejor. Si el problema del hombre fuese ser cada día mejor, entonces Dios no nos habría traído nada nuevo. Lo maravilloso de Dios es que nos pueda amar siendo nosotros pecadores, y que nos ame porque somos pecadores. Su amor, precisamente por eso, es y se manifiesta gratuito. No espera respuesta de nosotros. Por eso es Dios, y su salvación es por misericordia, porque no depende de nuestra correspondencia. Lo normal es que el hombre agradecido responda a Dios y lo haga por agradecimiento al ver su bondad. Pero Dios está más allá de la respuesta del hombre. Gracias a Dios.

De ahí que este nuevo nacimiento se concreta casi siempre en este punto: Si realmente somos capaces de aceptar el pecado, como lugar privilegiado, aunque no único, del amor de Dios.

Casi siempre vamos a Dios a pesar del pecado. Por eso, si al caer en pecado se pierde la paz, es señal de que todavía no se ha tenido el nuevo nacimiento. Lo cual no es justificación del pecado, sino alabanza de la misericordia increíble de Dios. Uno se duele del pecado, pero no pierde la paz y la esperanza en Dios. Dios es Amor. Y Dios no nos ama porque somos buenos, sino porque EL es bueno. Y es su amor el que nos hace buenos. Cuando el hombre contempla este gran amor de Dios o a este Dios Amor infinito, entonces puede esperar el cambio de su corazón y las obras nuevas, que procederán de esa nueva situación, de ese nuevo nacimiento, de esta nueva experiencia. Serán obras no del esfuerzo ascético, sino de la experiencia mística, experiencia del Dios Amor y por agradecimiento a tanto amor.

c) **La objeción quietista**

Alguien puede pensar: Si Dios nos ama así, ¿para qué esforzarse?

A primera vista esto parece una lógica de la tranquilidad total: ¡Si a Dios no le importa el pecado...! Pensar así es no querer entender nada, es negarse a entrar en la revelación y en el plan de Dios, es el mismo pecado. Sin embargo, cuando uno entra en esta lógica de Dios, entonces se ve

mucho más pecador y llora el pecado al ver el amor de Dios. Y es el amor de Dios quien le cambia, la experiencia de verse amado así por Dios. Quizás este cambio no se dé tan pronto. Pero, cuando se dé de verdad, si es el cambio que llamamos conversión cristiana, se dará por esto, por la experiencia del amor de Dios y no por el temor a Dios.

Nada como la gracia de Dios y comprobar que Dios ama así puede cambiar al hombre. Nadie cambia más que cuando se siente amado así. Se cambia por el amor, por la sorpresa de verse tan amado. No se da el cambio verdadero por el temor. En el corazón sólo se cambia por una experiencia de amor o a un corazón sólo le cambia otro corazón que le ama.

Tampoco cambia al hombre el deseo que él tiene de verse a sí mismo como bueno, a base de propósitos. Lo que nos cambia es ver que Dios es tan bueno, que no le importan ni nuestros pecados. Mejor dicho, siendo más exactos: El pecado le ha importado tanto a Dios, que no lo ha tenido en cuenta como nuestro, sino que lo ha puesto todo sobre las espaldas de su Hijo. Y a su Hijo lo hizo pecado y lo llevó hasta la muerte por nosotros. El Hijo lo asumió todo en un de obediencia. Y, al resucitarle de la muerte, el Padre nos manifiesta que en EL, todos hemos sido perdonados y justificados, amados por el Padre con el mismo amor con que ama a su Hijo.

e) El método de la Gracia y la contemplación

El núcleo de esta experiencia de fe es, precisamente, que el hombre se desplace de su propio centro para dar lugar a Dios como centro de todo. Es hacer de la fe en Jesucristo el método mismo de la vida, del ser y del hacer.

San Pablo explica esto de una manera radiante, en el capítulo 12 de la segunda carta a los Corintios. Habla del “aguijón de la carne”.

“Tres veces pedí al Señor, que lo alejase de mí y el Señor me dijo: Mi gracia te basta.”

Y vuelve a decir San pablo:

“¿Qué me importa mi debilidad, si en mi debilidad aparece mejor la fortaleza de Cristo?”

Hay que hacer de este método de gracia, el método de la salvación. Ahora bien; esto supone, como digo, un nuevo nacimiento, un cambio radical de nuestra mente y corazón. Nacer a esta nueva perspectiva de vida es convertirse. Es la conversión cristiana, no simplemente una conversión religiosa.

f) Los signos del nuevo nacimiento

- El primer signo suele ser la paz. Como dice el Evangelio, eso corresponde al Espíritu Santo, que no se sabe cómo está ahí, pero está...

Normalmente esta paz no tiene nada que ver con la tranquilidad psicológica. ¡Cuántas veces confundimos la paz con la tranquilidad de conciencia!

“Si EL está con nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Rm. 8,31).

Esta paz, que es más fuerte que el pecado, más fuerte que la debilidad, es esperar contra toda esperanza en la fuerza salvadora de Dios.

- Junto a esta experiencia de paz suele haber también una experiencia de luz. Es como un verlo todo diferente. Puede ser difícil y hasta doloroso, como un parto. En realidad es el “nuevo parto”, el paso de la religión al cristianismo, del A.T. al N.T., de las obras a la fe, del yo a Dios. Por eso, en este caso hay que hablar así: el que entiende no tiene ninguna dificultad, es como el que ve. El que no entiende, queda desconcertado. Pero no debe apurarse: Dios se lo dará. Cuando no le importe otra cosa, sino que Dios sea realmente Dios, el que salva porque quiere, puede y ama (Rm. 9, 14 ss). Entonces nadie podrá quitarle la alegría. Dice el Evangelio:

“La mujer está triste, cuando da a luz, porque le ha llegado la hora; pero cuando el niño le ha nacido, ya no se acuerda del aprieto, por el gozo de que haya nacido un hombre al mundo”. (Jn. 16,21).

- Esto supone un nuevo entender a Dios, consecuencia de esta nueva luz. El Dios en quien nosotros creemos dice: “Si a mí no me importa nada lo que hagas. Te voy a perdonar, porque quiero. Ya no me importa otra cosa más que esto: manifestarte mi amor”.

Lo dice Ezequiel 36, Jeremías 31, toda la carta a los Romanos, toda la carta a los Efesios, todo el Nuevo Testamento: El Reino de Dios, en cuanto Reino de Dios, se ha manifestado como donación de amor al

mundo. Por eso, ya no cabe otra justificación que la justificación de la misericordia. Y creer y recibir el amor de Dios. En otras palabras, de una manera muy sencilla: abandonarse en el amor de Dios. Esto es la conversión en el N.T. Y, desde ahí, ser agradecidos y realizar todas nuestras obras por agradecimiento, en acción de gracias y alabanza a Dios por tanto como nos ha dado. Esto es la verdadera santidad, la santidad cristiana.

Hay que decir que aunque esta doctrina, a primera vista, parece un cruzarse de brazos, en realidad es muchísimo más energética y produce nuevas obras en el hombre: ¿Cómo no hacer el bien, y todo que se pueda, cuando se experimenta tanto bien que Dios nos hace a nosotros? Yo suelo decir, que comencé a cumplir los propósitos, cuando dejé de hacerlos y comencé a contemplar el amor de Dios en profundidad y habitualmente. El único propósito que merece la pena hacer en este mundo es contemplar y alabar el amor gratuito de Dios. Nunca lo haremos suficientemente. Andamos en nuestro mundo religioso, de obras, de propósitos, de virtudes, de piedad, etc. Y generalmente predicamos así. Y las obras de amor que hacemos no las hacemos desde ahí, cuando en realidad deben ser por y como respuesta agradecida a lo mucho que Dios nos ha amado y nos ama, no para que Dios nos ame. La caridad es el amor que procede de la experiencia del amor de Dios o del Dios Amor... Es “el amor de Dios derramado en nuestros corazones”. (Rm. 5,5).

OTROS SIGNOS DEL NUEVO NACIMIENTO

- **Un entender profundamente la Palabra de Dios, la Biblia:** Como una unidad o una única historia del amor salvífico de Dios hacia el hombre.
- **Un entendimiento desde dentro de que la fidelidad de Dios es mi fuerza y mi garantía de salvación.**
- **Aprender a no buscar tanto, sino a esperar a Dios y en Dios.**
- **Verse cada vez más pecador/a, pero, a la vez, de manera inexplicable, en profunda paz.**
- **Dejar de hacer propósitos para aceptar la Salvación;** no porque los propósitos sean malos, sino porque algunos o casi todos nacen de nuestras ganas de ser buenos. El gran propósito de Dios es hacernos a imagen de su Hijo.
- **Comprender que Dios es más seguro que nuestras obras y nuestros méritos;** y, como consecuencia, tener la seguridad en no tenerlos, abandonándonos más bien en las manos de Dios (Ro. 8).
- **Entender de modo literal que “todo es gracia”;** y, por lo tanto, que hasta el pecado tiene un sentido, en orden a entender esta afirmación.

- **El gloriarse de las propias debilidades (cf. 2 Cor. 12);** sin caer en la complacencia desviada, pensando que todas nuestras faltas no nos quitan la fe en el Amor de Dios, sino al revés, nos la dan. Y cuando hemos hecho algo bueno, decir sin más que somos “siervos inútiles” (Lc. 17,10).
- **El no pretender sustituir la acción de Dios, sino dejar a la Providencia de Dios que haga;** y desde allí secundar la acción de Dios, la acción de la Gracia, sabiendo que eso mismo es también gracia.
- **El preferir creer en EL, a conseguir lo que pretendemos por nosotros mismos.**
- **Entender y vivir el camino hacia la santidad como agradecimiento a la bondad y santidad de Dios derramada en nosotros por su gracia;** y no precisamente como esfuerzo personal e iniciativa nuestra. EL nos ha amado primero (1ª carta de Jn.).
- **Vivir la acción y en la acción o praxis cristiana desde Dios y las llamadas “virtudes teologales”;**

En esto está también la diferencia entre la llamada “conversión moral” (desde el esfuerzo personal fundamentalmente) y la llamada “conversión teologal” (desde la experiencia de la gracia y el amor de Dios, al que se trata de responder agradecidos y con la ayuda de la misma gracia).

5. Continuamos el comentario del Evangelio

Respondió Nicodemo: “¿Cómo es esto?”. Y hay que contestar: No hay recetas. Es un nuevo nacimiento. Y si es nuevo nacimiento, lo tiene que hacer Dios. Que si hubiese recetas, sería no haber entendido nada, pues sería lo que nosotros podemos cumplir. Y si es cosa que nosotros podemos cumplir, es negar todo lo que estamos afirmando. Si no es por receta, es por nuevo nacimiento, es por gracia o es gracia.

“Jesús le respondió: Tú eres maestro en Israel y ¿no sabes esto?” (v.10).

Así es, por desgracia. La doctrina más elemental, ésta, que es lo original del Nuevo Testamento, el Reino de Dios por gracia, acaso todavía no la hemos entendido.

“En verdad en verdad te digo; nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero vosotros no aceptáis nuestro testimonio”. (v. 11).

No se puede decir mucho más para aproximarse al Don de Dios. El cristiano no discute, da testimonio. Al ciego no se le explica lo que se ve con los ojos. El que ve, ve, y el que no ve, tiene que esperar a ver. ¿Hay privilegiados? Pues sí. Dios no es un Dios neutro. Quiere la salvación de todos, pero tiene distintos momentos para cada uno.

Para los escogidos, su gozo es el saber que Dios es así. Entonces tendrán el nuevo nacimiento; cuando su gozo sea precisamente dejar a Dios libre, que escoja a quien quiere, porque quiere y como quiere. Si todavía esto nos da como una especie de envidia, si nos duele en el amor propio que Dios sea así, es la señal evidente de que no hay nuevo nacimiento. Bueno; podría haber nuevo nacimiento, pues nos puede doler en la carne. Con todo, hay un percibir desde dentro. Y ese percibir desde dentro es encontrar el gozo de que Dios sea así. Y saber esperar, abiertos al Dios Amor, que no quiere excluir a nadie de su Don, de la Salvación.

Esto sólo se puede dar en el Espíritu Santo. Lo más bonito, además, no es que uno sea mejor moralmente, ni que cambie. Va cambiando, pero no es por esa especie de cadena de ser más generoso, de más obras, de más virtudes, sino a otro nivel, a un nivel más profundo, más simple, verdaderamente nuevo, en el “corazón”, en la profundidad.

Tendremos que pedir a Dios esta gracia, la Gracia. Y darles gracias por haber sido capaz de crear de nuevo al hombre de raíz.

Por eso, a los cristianos no nos entiende nadie. Parece que estamos hablando en las nubes. Así lo dice Jesús:

“Si al deciros cosas de la tierra no creéis, ¿cómo vais a creer si os digo cosas del cielo? Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el Cielo” (v.12).

La fe es algo especial, distinto de todo lo demás de este mundo. Lo que pasa es que nosotros normalmente no vivimos a nivel de fe, sino de conocimiento de verdades y a nivel de obras; obras de la ley, prácticas cristianas, que son más bien religiosas. A veces no terminamos de entrar. Nuestra vida religiosa, cuando andamos un poco decentemente, es un avanzar pesadamente. Si no, hacemos nuestro hueco; cada uno vive su vida. Y con demasiada frecuencia, una tibieza estéril, triste, por no vivir en la gratuidad y en la alegría que procede de ahí. Y sólo desde aquí se puede anunciar la BUENA NUEVA. Esto es la Buena Nueva, el Evangelio.

CONCLUSIÓN

No puedo menos de terminar respondiendo a esta objeción; “Si Dios da a quien quiere, lo da a privilegiados, a pocos”.

Podemos retorcer la objeción: Precisamente, porque Dios da a quien quiere, y aquí se trata de su amor eternamente fiel, que quiere la salvación de todos, por eso la Gracia del Nuevo Testamento es universal. San Pablo lo explicará en Romanos 11.

Solamente hay unos privilegiados, pero éstos no son los superdotados de este mundo. Si la salvación era por Gracia, los únicos privilegiados debían ser los pecadores, los humillados, los pobres, los pequeños, los que nada tienen y nada pueden devolver a Dios, ni siquiera la bondad. Un día Jesús hizo esta oración:

“Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a pequeños. Si, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito” (Mt. 11, 25-26).

Nicodemo, el sabio de Israel, no entiende. María, la pequeña esclava del Señor, se alegra en Dios, su Salvador, porque derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes (Lc. 1, 46-55). Ella es la prueba de la justificación por gracia mediante la fe, y no por obras, pues fue concebida sin pecado y fue dichosa porque creyó, ella la que fue toda entera obra de Dios. (Lc. 1,45).

Marcos Ruiz O.P.